

REVISTA

I

REVISTA

REVISTA

2 - 2799

REVISTA

1880

Z-2799

A

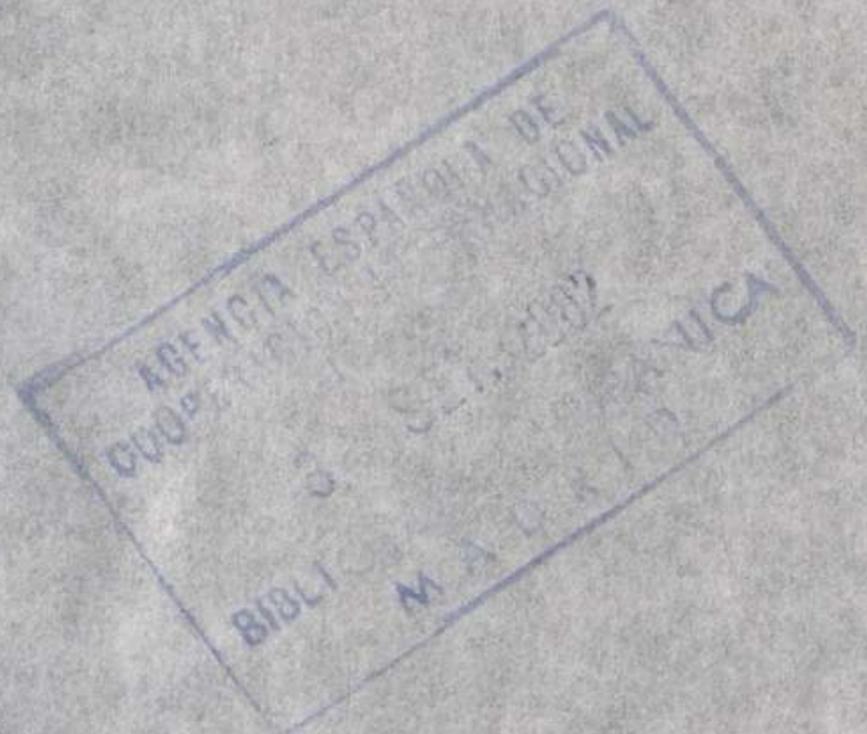
799







Z-2799



2018-2019













# LA REVISTA

DIRECTOR: JULIO HERRERA Y REISSIG

AÑO I

MONTEVIDEO, 20 DE AGOSTO DE 1899

N.º I

## PROGRAMANDO

Vamos á explicar el motivo de la aparición de esta revista, que desde hoy ingresa en el concierto del periodismo uruguayo, enviando un afectuoso saludo á sus connacionales de la prensa, y á todos sus lectores.

Es sabido que el espíritu literario sufre actualmente una honda desmoralización, y que escasea, ó más bien dicho no existe, la propaganda exclusivamente literaria ó científica, haciéndose sentir la falta de una publicación que reuniendo en sí esos dos géneros, venga á sacudir á los intelectuales del letargo en que se hallan, citándolos para el noble torneo en que merece el láuro, no la astucia política, ni el mercantilismo de la actividad común, puestas al servicio del interés personal ó de la pasión baladí, sinó, por lo contrario, el vigor cerebral, que como lo ha dicho de Vigny tiene alas de mármol, y el heroísmo del que siente y del que piensa que es en donde verdaderamente se refleja la vida superior de los pueblos, el alma de toda civilización y de toda cultura y la forma, ya imponente ó artística del Ideal Humano.

La ausencia, en absoluto, de una publicación de este género, perjudica, sobre todo, á la actual generación, que se ve privada de manifestar, ampliamente y en forma que trascienda, sus más elevadas aspiraciones, exhibiendo, en el esfuerzo de su intelectualidad, el noble fruto de sus cavilaciones y de sus estudios, reflejando su refinamiento y sus cualidades, descubriendo esa estética íntima que necesita de la pluma ó de la palabra para presentarse en público, y, en fin, ostentando, con justo

orgullo, la potencia de su pensamiento y el rumbo moral hacia donde dirigirá sus pasos, en lo futuro. «Comunicar es aprender», ha dicho Spencer, y también se puede repetir con el filósofo, que, la inactividad y el silencio solo habitan en el desierto. Y que verdad es también aquello del poeta: ¡Oh silencio, hermano del egoísmo!»

De cualquier modo, tristeza dá el decirlo, que, á medida que aumentan y se desarrollan en nuestro país, con fecundidad de pez ó de pólipos, los figurines automáticos de la moda, con tendencias al feminismo, los vagos trasnochadores que rumian imbecilmente el tiempo, los que hacen la guardia en las puertas de los cafés, durante tres cuartas partes del día, como inmóviles cariátides de carne, los pequeños declamadores y los políticos de oficio, disminuye la afición por las cosas serias, que requieren altruismo y desinterés, durmiéndonos, insensiblemente, en brazos de la más indigna frivolidad, alejándonos del Arte, de lo que pueda crear el espíritu ó la vitalidad mental, y en conclusión, de todo aquello que, desde luego, no rinda culto al más bajo utilitarismo, ó al más vulgar de los placeres. ¿Asistimos á un entierro ó á un bautizo? diría Larra.

¿A que se debe esta apatía, esta pereza ignominiosa, esta dejadez turca que ata todas las iniciativas, que cloroformiza el ánimo intelectual, que extiende, por decirlo así, sobre la fría almohada de la indiferencia los brazos paralizados, que roba sus energías al vino de la adolescencia, que cierra el libro como una pieza que no hace falta, ejerciendo sobre el espíritu de nuestros hombres, en virtud del más triste contagio, la caridad del ópio?

Es así, que, la Literatura, que es por lo que se mide la civilización de los pueblos, según lo expresa axiomáticamente Lamartine, ó, de otro modo, la medida de la grandeza, como lo afirma Taine, es entre nosotros ó bien un feto que está por nacer, ó un pantano que se pudre en la más vergonzosa estagnación, sin que una sola corriente trate de darle vida y sin que sea posible asegurar que, en tiempo no lejano, llegue á ser considerada como el más ridículo de los mitos.

¿En dónde están esas energías, ese carácter de resolución y de aventura, que pone de manifiesto la joven y ardiente actividad de una sana asociación, la nerviosa electricidad de la inteligencia, como la llama Saint-Beuve, el grado potencial de un organismo vigoroso que se lanza á la lucha por que ama la gloria, que diría Chateaubriand?

Nada de eso se ve, ni se oye. ¿Será que duerme, ó que, realmente pasa por el invierno de la decadencia, nuestra actual generación, sin que nada la conmueva en su sueño de esterilidad, durante esa larga postración de anemia reumática, cada vez más alarmante, por lo que se asemeja á cierto poeta árabe, quien decía que las manos las había hecho Allah para servir el hatchis y el licor, durante el día, y el pensamiento para gozar de la pereza á la sombra de las palmas?

Fuere lo que fuere, y sin que pretendamos hacer nada grande, sinó modestamente satisfacer una sentida necesidad, pues, son escasísimos los méritos de esta Dirección, lo confesamos, con sinceridad y sin vano alarde, que nos lanzamos á la lucha, tan esperanzados en el triunfo de nuestra propaganda, como desnudos de toda pretensión que no sea la de llevar un humilde ladrillo á la obra recién empezada de nuestro florecimiento literario. Y decimos esto por que nos acompañan, en la labor de tonificación intelectual, á que nos referimos, los cerebros más sobresalientes y de más renombre en nuestro país, tanto en literatura como en ciencias, y muchos de aquellos jóvenes que se han destacado en el grupo universitario por su clara inteligencia y su poco común preparación, como se puede juzgar por las firmas que adornan este primer número, y por las que irán apareciendo en los sucesivos, y, entre las cuales irán intercaladas algunas de las de más brillo y reputación en el mundo literario de América.

\*  
\* \*

No es esta, lo sabemos, una situación propicia al fomento de las Letras ni al despertar de los ingenios, porque la atmósfera que se respira está rarificada por los detritos de la política y cargada de ese desánimo pesado que entorpece la marcha de cualquier iniciativa culta; ese desánimo de tormenta que pesa sobre los hombros como una carga invisible, y que ha llegado, por decirlo así, á formar parte constitutiva de nuestra naturaleza tímida y rutinaria. Muy al contrario, desde los tiempos de nuestra independencia, hasta la fecha, no ha habido publicación de índole semejante menos favorecida por las circunstancias y el medio ambiente, siendo así, que, entre tanta anomalía, nos ha costado decidirnos á entrar en el palenque, atemorizados por el rum-rum de los pesimistas y flemáticos que calculan el fuego de los volcanes con una barra de hielo, y por eso, hoy mismo, en medio de los insólitos temores que nos asaltan, te-

nemos que decirnos como el héroe legendario, *Tiembles, osamenta, pero te llevaré al combate!*

Fuera de esto, la vocación hace mucho, y no es sino el propio destino, como lo ha dicho Stuart-Mill; sirviéndonos, en este caso, de vanguardia exploradora en el tortuoso sendero de la aventura.

Es por eso que, Figueroa, Berro, Ferreira y Artigas, Juan Carlos Gomez, Magariños Cervantes, Bustamante, Joanicó, Carlos María Ramirez, Herrera y Obes, Bauzá, Melian Lafinur. Acevedo Diaz, Herrero y Espinosa Duvimioso Terra, Justino J. de Aréchaga, Agustin de Vedia, Martin Martinez, Daniel Muñoz, Zorrilla de San Martin, Roxlo, Bernardez, Maciel, Fernández y Medina, y, ultimamente, José E. Rodó, Perez Petit y los dos hermanos Martinez Vigil, fundaron, en tiempos no tan infelices como los que corren, periódicos mas ó menos literarios, por lo que vieron la luz pública: «La Revista del Plata» «La Bandera Radical», «Anales del Ateneo», «Revista de Literatura y Ciencias Sociales» «La Cruzada» y tantos otros impresos de indiscutible valer, verdaderos heraldos de nuestra cultura en el extranjero;—primeramente cuando el clarin de Figueroa llamaba á los ingenios al Parnaso heroico del patriotismo; más tarde, cuando Daniel Muñoz, burilador mordaz de la frase castiza y pura, esgrimia el cáustico de Larra y plantaba elegantemente el *ají cumbarí* en los campos de las letras nacionales, y, por último, cuando Zorrilla de San Martin colocó en el arco de Tabaré la flecha de oro que debía atravesar el Atlántico. Nos referimos á su poesia que filosofa al mismo tiempo que llora, que emana zumo de nuestros bosques vírgenes y vuela con los temblores de la perdiz de nuestras *cuchillas*; la poesia pictórica, dulce, melancólica y profunda, que exhibe las decoraciones de la Patria, que solloza ante los miembros de bronce de una raza muerta, que vaga con los murciélagos de nuestros estíos, y desgarrá las entrañas azules del espíritu humano para mostrarnos el amor lúgubre.

Nuestra literatura ha tenido distintas fases en las diversas épocas en que ha vivido; en la primera, ha sido una literatura propagandista con nervio bélico y apasionado y por lo tanto una literatura ligera y volátil como un fuego fátnuo; más tarde fué una literatura político-histórica, con tendencia romántica, lo cual nos hace pensar en una literatura bohemia, caprichosa, desaliñada y un tanto libre, y por último, se fué vistiendo con el frac de la elegancia moderna, urbanizándose en la obser-

vancia de las reglas, haciéndose seria y galante y, en fin, ciudadanizándose en la gran patria intelectual, de donde nos ha venido y nos viene toda corriente civilizadora.

Pero, de todos modos y en cualquier época, los literatos han sido considerados y estimulados honrosamente y, aquellos tiempos, no lejanos, en que los triunfos del orador y del poeta llenaban de aplausos las salas en que se verificaban los certámenes, forman raro contraste con estos días de enervamiento y de frivolidad, en que no existen centros literarios, y en que se fundan *footballs*, presenciándose, al revés del triunfo de la cabeza, el triunfo de los pies, y, mientras el Atenèo, no es, en realidad, sinó un bello cadáver de arquitectura, que luce su robusta mole frente á la estatua de la Libertad.

Pero, dejando este asunto á un lado y siguiendo con nuestra publicación, debemos hacer constar, siendo como será una de las condiciones que le dará mayor realce, que el material que en ella se inserte debe ser inédito, no obstante, que, la Dirección se reserva el derecho de salirse de esta regla en favor de alguna producción de especialísimo mérito, que considere de sumo interés darle publicidad. Por lo demás, y dado el carácter de esta revista, se admitirán toda clase de trabajos literarios y científicos, aunque refiriéndonos á esto último se dé preferencia á todo aquello que tenga parentesco con la filosofía y el derecho, y por lo tanto que se halle mas en relación con las ciencias sociales, sin que por eso nos circunscribamos á ningun ramo definitivo, como lo hacemos constar para que no haya duda respecto á la índole de esta publicación.

De ese modo creemos que prestará un verdadero servicio á la juventud Universitaria, no estando demás advertir que escluiremos de sus columnas, no ya todo asunto que tenga sus raíces en el personalismo y los odios y rivalidades de secta, sinó también toda cuestión política ó religiosa, porque una triste experiencia nos habla de esas polémicas inútiles que agrian los ánimos, produciendo divisiones y desgastes personales, despellejando susceptibilidades, fatigando cerebros, y envenenando el brillo de las armas, con que combaten tan rudamente, con las diatribas más incultas, obteniéndose, á fin de cuentas, de este proselitismo, en lucha, tan parcial como ilógico, el más iliterario de los resultados, pues o que la literatura es moral por naturaleza y no debe en manera alguna hacerse cómplice de las pasiones humanas. Toda propaganda intelectual, debe pues, extender su brazo á la con-

cordia y engalanarse con un ramo de olivo, tratando de unificar todas las tendencias, y conciliar los diversos caracteres, haciendo suyo aquello de Virgilio: «ama y está en paz.»

Después de lo que antecede, solo nos resta solicitar el concurso de todas las intelectualidades del país en favor del sostenimiento de «La Revista», y, para que al fin de la fatigosa jornada que la espera, pueda repetir, con el gran Libertador del Norte: *he sembrado; ese es mi mérito.*

La Dirección.

## TRIUNFAL

---

Bardo gentil de rimas aurorales,  
De plectro de oro y de gloriosa mente,  
Que al entonar tus cánticos triunfales  
Tienes nimbos de luz sobre la frente.

Yo soy la musa de candentes ojos,  
La de ritmos fantásticos y bellos,  
La que en el soplo de sus labios rojos  
Tiene chispas y fúlgidos destellos.

Tú vas de las gigantes espirales  
Tras el fuego sagrado en que te inspiras,  
Para encender estrofas inmortales  
En las cuerdas sonoras de tus liras.

Yo soy la de las fúlgidas miradas,  
La que entre choques de armoniosas notas  
Arranca del laud despedazadas,  
En arpegios de luz, las cuerdas rotas.

Tú haces mantos de pétalos dorados,  
De adalias blancas y purpúreas rosas,  
Que deslizan sus pliegues perfumados  
Sobre las líneas curvas de las diosas.

Yo hago palmas de mirtos y claveles,  
Coronas de jazmines y de nardos  
Tejidas con guirnaldas de laureles,  
Para la sien gloriosa de los bardos.

Vamos los dos á desplegar el vuelo  
De nuestras ricas y potentes alas,  
Hacia el confin donde despliegue el cielo  
La magnífica pompa de sus galas;

Donde la nota victoriosa y fuerte  
De los clarines, en vibrante coro,  
Dando la diana del amor, despierte  
Nuestros sueños de púrpura y de oro.

Yo haré latir tus fibras más hermosas  
 Con mis hondas y ardientes fantasías;  
 Tú me darás en rimas vigorosas  
 De tu voz las soberbias melodías.

Y mientras luzcan su brillante hechura  
 Tu clámide y mis galas imperiales,  
 Nuestras canciones rasgarán la altura  
 Como alage de cóndores triunfales.

Serán cual ondas de cendal brillante,  
 Suelto al aire, entre bálsamos y efluvios,  
 De nuestras glorias el pendón flotante,  
 Mis trenzas negras y tus bucles rubios.

Y encendiendo los mustios arreboles  
 Con nuestros rayos, fuertes y fecundos,  
 Viviremos los dos como dos soles  
 Alumbrando las almas y los mundos.

María Eugenia Vaz Ferreira.

---

## PROSA DE ALBUM

---

No conozco á la dueña de este libro, pero sé que es mujer. Eso me basta.

Sin ritmos gratos en mi lira, el verso, al evocarlo yo, en sus cuerdas calla. Pero sé que es mujer la que lo pide, y en libro de mujer la prosa canta.

¡Mujer! ¡Supremo verso de lo creado! ¡Suprema poesía, estrofa blanca! ¡Nota eterna del himno de lo bello! ¡Bella rima del canto de la gracia! Ante tí de mi prosa sin colores, de mi prosa selvática, un gran montón de pétalos depongo.

¡Consérvalos marchitos en tus páginas!...

Arturo Gimenez Pastor.

## EL ARTE TRIBUNICIO

---

### LA ORATORIA DE CASTELAR

---

Podría decirse que el orador es un gladiador de la palabra. Como el luchador medio-eval, debe reunir arte, fortaleza y elegancia. El arte, es una cualidad esencial de la oratoria, pero ella sola no basta. Las multitudes se conmueven fácilmente cuando se defienden sus pasiones ó se escusan sus errores. Para esto solo se requiere habilidad. ¡Cuántos de nuestros hombres han conquistado reputación de preclaros talentos, sin haber hecho más esfuerzo intelectual que el de amoldarse á los caprichos populares, ensalzando lo que el vulgo adora, y deprimiendo lo que es objeto de sus odios!—Atacar al ídolo, cuando el ídolo es reverenciado, ya es prueba de lealtad y de rectitud. Para proceder de tal manera, solamente se necesita conciencia y amor á la verdad. Sin embargo, aquí no hay tampoco el ejercicio de un arte. Aventurarse en las lides de la palabra oral, sin otras armas que las que puede ofrecer un argumento, una convicción, en la seguridad de que se rinde homenaje á la justicia,—y esgrimir esas armas, serenamente, con la frialdad del que ejercita simplemente un deber, es exponer la razón y la justicia á una derrota segura, porque un argumento vale según el modo como se expresa. Esta afirmación que parece una herejía, es, desgraciadamente el resultado de una observación mil veces comprobada. El arte en sí misma, tratándose de oratoria, no tiene ni la vehemencia ni las modalidades que son el secreto de la sinceridad. La sin-

ceridad, á su vez es una cualidad de la oratoria, quizá la cualidad virtual, pero hay que usarla de tal modo, que esa virtud no parezca sospechosa. La vehemencia, con todo, es su enemiga. «Aun en el torrente, en la tempestad, en el torbellino, por decirlo así, de tu pasión, debes ostentar alguna templanza. Tampoco has de ser demasiado suave, poniendo especial cuidado en no ir nunca más allá de lo que reclama *la sencillez de la Naturaleza.*» Estas palabras que Shakespeare pone en boca de Hamlet, constituyen hoy un precepto. ¡La sencillez de la Naturaleza! Ese es el gran escollo. En él, chocan la mayor parte de los artistas; los del teatro, los de la novela, los de la palabra. Encender la frase, cuando la frase ha de iluminar, tratando de que no brille demasiado, ni que tampoco deje de resplandecer lo suficiente; reír sin que la risa suene como el cascabel de Pierrot; llorar sin que las lágrimas sean tan abundantes como las que sabían verter las Plañideras; sentir la tristeza—que es una penumbra del espíritu,—sin recargarla con tintas de amargura, que la conviertan en una sombra lóbrega, ¿quién puede vanagloriarse de haberlo conseguido? El arte de la oratoria es una dificultad. Sus recursos son infinitos, como son infinitos sus aspectos. La oratoria de Academia es científica y erudita. La de Ate-  
neo, ligera, elegante, ostentando toda la gama de la elocuencia,—un himno de notas ardientes y sonoras,—un canto de pájaro tropical, que luce al mismo tiempo, los primores de sus gojeos y el colorido brillante de sus alas. La parlamentaria, concisa y clara,—vigorosa en el ataque, transparente en la exposición, sobria en el adorno, severa en la estructura, hábil en la defensa, rápida en la interrupción, contundente en el golpe, fina en la sátira y sutil en la ironía. La de barricada, ruda y violenta como un golpe de maza; fuerte, hercúlea, de armazón gigantesca, que va recta al corazón de las muchedumbres, épica como una clarinada y ondulante como una bandera. ¿Cuál de ellas ejercitaba el tribuno español? La oratoria tenía todos los registros, pero todos funcionaban á un tiempo; la nota que emociona, la que alegra, la que indigna, la que convence, la que provoca los entusiasmos y los delirios, la que hace al auditorio capaz del heroísmo y susceptible del arrepentimiento. Sus discursos académicos tienen el mismo traje suntuoso de sus discursos políticos. Este gran orador republicano, vestía sus ideas con púrpuras regias. Y todo sin esfuerzos, sin ostentaciones.—Así debió ser Crespo. La inagota-

bilidad del tesoro, disminuye la importancia de la riqueza. Él, derrochaba los tesoros de su elocuencia, prodigaba la valiosa pedrería de su verba, porque sabía que su imaginación tenía el poder maravilloso de la Naturaleza, que transforma los guijarros en oro y los carbones en diamante. Una cuestión insignificante tratada por él, se transfiguraba, adquiría volúmen; si era pequeña, se engrandecía; si era obscura, deslumbraba; si era deslumbrante, enceguecía. Lo patético, hacía rodar por las mejillas las rebeldes lágrimas. La causa de los desheredados, en sus labios se convertía en un derecho, tomaba las proporciones de una exigencia perentoria, se imponía con toda la majestad de la justicia vulnerada.—Si era el patriotismo, ¡cómo vibraba su elocuencia irresistible! Ningún español amaba á su patria de la manera que él sabía amarla,—no con el amor inconsciente del instinto. Él, la amaba por convicción y por sentimiento, con el corazón y con el cerebro. «La amamos tanto, decía,—porque todos estamos orgullosos de nuestros escritores; todos, de nuestros pintores; todos, de nuestras batallas; todos, de nuestras armas; todos, de nuestras glorias; todos, de aquellos navegantes que sembraron de hazañas, desde el golfo de Méjico hasta el golfo de Lepanto y de aquellos guerreros que llegaron desde Aruzon á las puertas de Asia y descubrieron la América; todos de aquella epopeya grande, de aquella epopeya inmensa llamada la Nación Española, que no cabiendo en el viejo mundo donde habían cabido las hazañas de Roma y de Alejandro, tuvo que ensanchar la tierra, para que la tierra fuera capaz de contener su grandeza.»

Su bello ideal—la República—no tan irrealizable que pueda parecerse á una ilusión de caballero andante,—acariciada en el regazo de su fantasía,—si tuvo algo de imposible, consistió, acaso, en la excelsitud á que fué elevada, por aquel soñador de la belleza intangible, suponiéndole bondades y virtudes que no pudieron tomar despues formas prácticas, porque no siempre se corporizan los ensueños;—pero ninguna causa ha tenido un paladín más gallardo, ni un apóstol más enamorado de su creencia. Sus discursos en defensa de su doctrina política, no son discursos, sino panegíricos, trovas y poemas de inspirado, hermosos como su estro y poderosos como su aliento. Pero todo en un mismo tono de grandeza y de munificente estilo. Él, no hacía distinciones. Los asuntos parlamentarios que motivaban sus

arengas, apenas esbozados por el exordio, se levantaban y se cernían sobre el auditorio sorprendido, bajo su garra de ave caudal del pensamiento. No habían preceptos que pudieran aplicársele; tenía el suyo propio. La oratoria parlamentaria, salía entonces de su común nivel, de su ambiente frío, sereno y metódico. Sus adversarios, arrebatados también en los giros de su vuelo, aplaudían aquella ascensión maravillosa, aquel rumor sonoro de palabras hechas de un metal divino, que se sucedían cayendo sobre las almas como un torrente de claridades. ¿Era esto realmente un defecto?—Para las fórmulas severas del arte, sí; pero del arte que es precepto, del arte que es mecánica, no para el arte innato que determina un temperamento. Podrían citarse párrafos de sus discursos, para dar una idea de cómo hablaba en el recinto de las Asambleas parlamentarias. «El ideal de la teocracia—decía—no es mi ideal. Ese puede ser el ideal de los reaccionarios, no el mío. Vuestro ideal es Faraón que persigue, es Nabucodonosor que quema, es Pilatos que crucifica, es Anito que envenena, es el inquisidor que atiza la hoguera, es el verdugo de la Saint Bartelemy que fusila, es el Estado que oprime la conciencia; mientras que nuestro ideal es la libertad que reconcilia á todos los hombres, la democracia que los iguala en el derecho, la justicia que despierta la caridad universal humana, el verdadero reinado de Dios sobre la tierra.»—En otra ocasión, en las mismas Cortes, exclamaba al empezar un discurso que se ha hecho célebre: «Mi lengua, es como el badajo de una campana, que toca siempre á rebato contra todos los reyes de la tierra.»—Contestando á Olózoga, decía: «El nuevo Rey tiene bajo su trono la pólvora de la Democracia, y en su corona, en los diamantes de su corona las chispas de las libertades populares.» — Un discurso de Moret, le dió tema para pronunciar otro fulgurante: «En la edad media la Iglesia era todo. A la sombra de sus torres se guarecen los hogares; en sus plazas se reúnen los jurados y se celebran los contratos, como si de ella descendiera solamente la fe pública y la justicia; sus atrios son el asilo de los criminales y sus claustros el teatro de los cómicos; el caballero feudal se arma al pié de sus altares, y el peregrino y el penitente consumen la existencia entera de sus capillas; al son de las campanas se congregan las asambleas y se disuelven al rumor de las oraciones; los pavimentos sembrados de lápidas, in-

terrumpidos por los sepulcros, representan la vida de ayer, (las generaciones pasadas, los recuerdos, la muerte; las paredes cubiertas de trofeos, de ex-votos, representan la vida de hoy, las penas, los trabajos, los dolores de cada día, las generaciones presentes; las hojas de laurel, de mirto, de yedra, de acantho, cinceladas y tendidas como yerbas parietarias por los cercos, representan la naturaleza; la ventana ojival que se abre allá arriba para cerner la luz y quebrarla en los matices y en las gradaciones más misteriosas, representa el misticismo de la esperanza, en tanto que la aguja aguda, calada, desprendiéndose casi de la tierra y elevándose á los cielos, ¡ah!, es la escala por donde el alma transfigurada en la oración y en la penitencia, sube, sacudiendo el polvo de la tierra, anhelosa de lo infinito, á perderse en el inmenso seno del Eterno.»— Nos figuramos cuál sería la actitud del auditorio. Estos discursos no tienen nada de parlamentarios.—Al empuje de su elocuencia se rompían las fórmulas de Legouvé, las reglas científicas de Blanco y las de todos los preceptistas que han fijado leyes á la palabra oral.—Aun tratándose de un parlamento español, este modo de discutir debía resultar inusitado, después de desaparecida la impresión del primer momento,—porque antes—¿quién hubiera sido bastante linfático para no conmoverse? ¿El asunto? Probablemente, ya no se pensaba en él. ¡Oh, poder del encanto que subyuga! ¿Qué importaba la cuestión en debate?—Aquella elocuencia rauda, describía parábolas infinitas. La atención de los oyentes debió seguirla en sus inmensos giros, absorvida totalmente, dominada por la grandeza de la frase,—y así se explica que después de cada período, los aplausos estallaban espontáneos. Nosotros que lo leemos, sin el prestigio que indudablemente prestaron á su palabra las condiciones relevantes del orador, sentimos nuestro espíritu avasallado por la admiración y aplaudimos del mismo modo, con la vehemencia del entusiasmo verdadero.

El gran tribuno ha tenido muchos imitadores, pero todos han fracasado, no por carecer de condiciones, sino porque esas imitaciones resultaron parodias. Ya hemos dicho que su estilo era de su exclusiva propiedad; no de otra manera se concibe que sus discursos tribunicios, exornados con los tropos más lujosos de la literatura meridional, hayan podido encajar en un ambiente poco propicio á las divagaciones poéticas. En nuestros parlamentos, apesar de la herencia latina, el orador que

*sale de la cuestión*, para cabalgar en el Hipógrifo de la fantasía, si no es sofrenado á tiempo por una observación reglamentaria, recibe pronto el castigo de su infracción á las disposiciones comunes que rigen las Asambleas,—en la indiferencia ó en las sonrisas mortalmente irónicas de sus oyentes. Las lucubraciones parlamentarias, modernizadas, sujetas á procedimientos conocidos, han quedado reducidas, en la mayor parte de los casos, á una simple exposición de hechos, sin otras proporciones que las que le da el asunto en debate. Los floreos, son relámpagos que brillan y se apagan sin rastros. Se ataca y se hiere con magistral destreza, se hace el desenganche con habilidad, pero todo en una forma tan correcta y propia del recinto, que no parece sino que las palabras y las ideas debieran estar sometidas á una indumentaria inflexible. Para la *calle*, el traje menos fino, la *negligé* de la frase, el corte amplio, de simplicidad artística. Para el Parlamento, el ropaje de severo aspecto, que no discrepe del tono general, ni de la etiqueta cuyo ceremonial se impone. Juzgado el gran orador, con este estrecho criterio, no resulta un parlamentarista, por más que siempre sabía tratar las cuestiones y magnificarlas, como nadie hubiera podido hacerlo. Su oratoria de intensas vibraciones, no fué sin embargo, ampulosa, ni menos podrá ser tachada de insincera. Era *fuerte, artística, elegante*. Sentía hondo, y expresaba con lealtad sus sentimientos. Jamás *aduló las pasiones de las turbas* y por el contrario, *atacó á los ídolos reverenciados*, arrojándolos del altar que les había levantado el capricho, ó la falacia del pueblo. Sus triunfos,—que pueden contarse casi por el número de sus combates,—los obtenía, dando á sus palabras el calor de sus convicciones—y si alguna vez, la razón y la justicia fueron derrotadas, cuando él las defendía, el fracaso no podrá imputársele, siendo más bien error de la época ó deficiencia del medio. Si violó preceptos de su arte, en cambio creó otros, que singularizaron su oratoria y que no conseguirán utilizar los oradores del Siglo. Para no acatar leyes impuestas á los demás y dictarse las que ha de cumplir estrictamente, se necesita tener y ejercitar las prerogativas de una soberanía absoluta; por eso pudo hacerlo él, que era el único grande, el único inimitable, el omnímodo rey de la oratoria castellana.

Santiago Maciel.

Buenos Aires, Agosto 12 de 1899.

## NOCHE BLANCA

---

EN EL ALBUM DE LA SEÑORITA CLOTILDE STAJANO

---

Plenos claros de luna opalizan  
la acuarela de un lago de plata,  
que en la bruma azogada del cielo  
borda el tul de las ágatas pálidas.

Por la tersa epidérmis del lago,  
bogan candidas góndolas, diáfanas,  
mientras cantan los castos violines  
la canción florestal de las almas.

Suenan suaves las risas gris-perla  
del gentil rimador de las aguas:  
y á los golpes del remo se enrulan  
las pelucas de espuma de ámbar.

En la barca de nieve de un sueño  
va Pierrot con su máscara blanca,  
escribiendo en un ala de cisne  
la romántica triste romanza:

« ¡Oh la luz de mis lunas nupciales  
« en amor de los lirios deseadas!  
« Carne tibia de azahares y nardos  
« aromada en las mirras de Arabia!

« Quiero arder en tus labios de hostia  
« y encenderme en tus líricas ánforas,  
« y en tu lluvia de polvos de espejos  
« consumirme en neblinas opacas.

« !Oh eucarística sangre de cirios!  
« ¡Oh la angélica albura soñada!  
« ¿No podrán descansar mis promesas  
« hamacando en tu seno sus ansias?

· · · · ·  
· · · · ·

Y en la misa orquestal de la noche,  
llora y ríe la gris serenata:  
mientras suenan los suaves violines  
la canción otoñal de las almas.

Toribio Vidal Belo.

## CONCEPTO DE LA LITERATURA AMERICANA

---

(FRAGMENTO INÉDITO)

---

Ante todo, es evidente que el escritor ó el poeta americano debe hablar una lengua culta, y esta no puede ser otra que el español, pues no conocemos las lenguas de nuestros aborígenes, si es que ellas existieron con la perfección que exige la obra de arte. Y yo entiendo por lengua española no tanto el vocabulario, que puede y debe ser constantemente enriquecido y adaptado al medio en que se emplea, cuanto la sintaxis que es, en las lenguas, lo que la circulación de la sangre en el organismo: sintaxis es esencia, proporción, lógica, vida. Y todo ese es belleza.

No me diga un escritor ó un poeta americano que su propósito al hablar ó escribir mal es el de reformar la lengua española, si antes no me demuestra prácticamente que la conoce. ¿Qué menos puede exigirse al reformador de una cosa que el conocimiento profundo de lo que quiere reformar?

Para mí es indiscutible: el noventa y nueve por ciento de los literatos americanos que afirman que ellos escriben en americano, solo quieren decir con eso que no han estudiado gramática; que no saben el español, ni el francés, ni el *tupí*, ni nada; que van á la buena de Dios en lo que á lengua se refiere.

Eso en cuanto á la materia en que el americano ha de modelar su obra artística.

En cuanto á la forma de esta, es para mí muy ac-

LOS ESCRITORES DE "LA REVISTA"



JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN

cidental, y creo que pierden el tiempo los americanos que se esfuerzan en buscar la originalidad en el empleo de ritmos inauditos y de raras combinaciones métricas, ó en los recursos de la orfevrería literaria hoy tan en boga.

Nó: eso no es característico del poeta americano ni mucho menos. En todas partes se cuecen de esas habas, y en todas partes eso es precisamente la negación de lo espontáneo, que es condición *sine qua non* de la originalidad.

Es, pues, en el fondo de la obra artística donde el poeta americano puede revelarse tal, y constituir una personalidad característica.

Sea realmente americano, reflejo de su mundo y de su gente, y no reflejo de otros escritores; *mírese entonces bien á sí mismo*, y díganos después con ingenuidad lo que ha visto. Díganos la verdad nueva, aunque sea en forma antigua.

Se concibe que las literaturas europeas miren con un poco de aversión las antiguas combinaciones métricas, los ritmos muy gastados, las odas pindáricas, los romances primitivos, como han mirado con disgusto la pintura histórica que anhelan ver sustituida por cuadros de género, por fantasías simbólicas más ó menos estafalaria ó por cualquier otra cosa. Europa tiene su inmenso caudal literario y artístico, heredado de los siglos pasados.

Pero, así como en América estamos esperando aun pintores de historia que nos enseñen la muestra plásticamente, ó músicos que nos engarzen en la creación sinfónica nuestros motivos nacionales, así esperamos escritores y poetas que nos den la historia, la leyenda, el romance, la oda, la estrofa antigua con espíritu nuevo.

No malgastemos nuestro esfuerzo en buscar formas exóticas; concentrémoslo á mirar bien, con intensidad nuestra naturaleza, nuestro espíritu, nuestros tipos, nuestro origen y nuestro destino. Y cuando hayamos sorprendido una nota nueva, característica, demosla con ingenua sencillez, en buen castellano y en forma sobria y dura.

Juan Zorrilla de San Martín.

## DE MI CARTERA

---

Como las carretas que se usan en nuestros campos, hay individuos en las ciudades que chillan cuando les falta el aceite.

Los que hemos hecho de la gramática castellana y del latín una sola materia, hemos cometido la insensatez de enterrar á un mismo tiempo un vivo con un difunto.

Como la boca de algunas viejas, hay hombres que no hallan acomodo sino con la muerte.

No depende el valor de las armas, ni de la perfección de las armas: la liebre y el conejo, en extremo cobardes y tímidos, poseen colmillos dobles en una de sus mandíbulas.

Nada se asemeja más á algunos hombres cuando ocupan los altos puestos públicos, que las moscas posadas sobre el dulce.

Hurtado de Mendoza, dice Ticknor, tiene en su obra la *Guerra de Granada* páginas enteras copiadas de Tácito. Ay Hurtado! que te desquitas!

Ella apasionada y ardiente; yo ardiente y apasionado, junto á ella; la familia, el padre, la madre, las hermanas, cargándome con su presencia impertinente: yo no

sé lo que figuraríamos entonces, como no fuera tanto calor en medio de tan fría atmósfera, volcán abrasador entre abundantes hielos, ó naufragio por incendio en alta mar.

---

Á los ladrones y rateros les gusta á menudo, y no poco, el contacto de la civilización, por si algo se les pega.

---

Decía una señora, de un jorobado envidioso y ruín que la pretendía, por disculparlo sin duda alguna, que sus faltas no estaban en su mano. Y tenía razón como un conde, porque no falta en las manos, sino sobra en los lomos, era el bulto descomunal que el maldito cargaba con paciencia.

---

El tribunal del porvenir es incorruptible, y de ahí el prestigio de que goza, ya cuando se contempla el ejercicio de su ministerio en lo futuro, ya cuando en la actualidad aplica su sereno fallo al dominio de las cosas que fueron.

---

Talleyrand ha dicho: *Plus je connais les hommes, plus j'aime les chiens*, cuánto más conozco á los hombres, más quiero á los perros. Esto pase, aunque fuerte. Y Schopenhauer ha dicho que «si no hubiera perros, no quisiera vivir.» Figúrese el lector imparcial cuánto mejor que en labios de un filósofo, estarían estas palabras en boca de una perra.

---

¿Qué suelen ser la amabilidad, la modestia, la cultura, la ilustración, la decencia, los halagos y las atenciones de las personas que por primera vez tratamos? Noventa y nueve veces sobre ciento son el escaparate de una confitería que no tiene más dulces que los que exhibe ante el público.

---

Hay ciertas cosas cuya mediocridad es insoportable, se oye decir con frecuencia: la poesía, la música, la pintura, el discurso público. Sería quizás más exacto decir, generalizando un pensamiento de Clarín á la poesía relativo, que lo que no se tolera en todas las manifestaciones del arte es la nulidad disfrazada de medianía.

Carlos Martínez Vigil.

## FLOR DEL CAMPO

---

Meció su cuna el pampero,  
sobre silenciosa loma  
zahumada por el aroma  
del toronjil y el romero.  
Brotó robando al lucero  
sus más relucientes rayos,  
tejió la flora los sayos  
que orlaron su galanura,  
y creció con la frescura  
de los campos uruguayos.

Allí en el pobre desierto  
corrió su vida sencilla  
enredada en la gramilla  
del terreno descubierto.  
Rozó su pecho inexperto  
la sombra de un rumor vago,  
y contestando á su halago  
vióse pronto convertida  
en violeta preferida  
por los donceles del pago.

No se bosqueja en su frente  
la causa de su martirio,  
no comprende aquel delirio  
engendrado de repente,  
pero, poderosa siente  
una lozana impresión;  
la guarda envuelta en pasión  
y con acento que quema  
se la cuenta á la alucema  
á la salvia y al cedrón.

En el silvestre pensil  
la flor luce su hermosura,  
y es reina de la llanura  
por fragante y por gentil.  
Su perfume juvenil  
con deleite se respira  
porque con alma suspira,  
porque con fé siente pena,  
porque quiere como buena,  
porque no tiene mentira.

Elías Regules.

## PENSAMIENTOS

---

(Para mi ilustre amigo el doctor  
Angel Floro Costa.)

Muchos, sino todos nuestros hombres públicos que gozan de popularidad, siguen aquel precepto hipócrita que daba un autor francés á las mujeres: Sé honrado si lo puedes, y si lo quieres; pero sé considerado, esto es lo necesario.

\*  
\* \*

En política, suelen proceder ciertos Gobiernos como los troperos cuando quieren encerrar ganado: Vienen rodeando disimuladamente y estrechando á los que quieren reducir, hasta que entren á un corral más ó ménos amplio; y desde éste hasta pasar por el brete mas chico solo es cuestión de que uno haga punta.

\*  
\* \*

Cuando veo encumbrarse rápidamente una persona, en este país nuestro, (iconoclasta á ratos y á ratos fetichista, ó las dos cosas á la vez), pienso que si me coloco á un lado del camino, como filósofo que siente lástima por los derrotados del presente y del futuro más que envidia por los triunfadores, — pienso que he de ver á estos regresar pronto, mohinos y maltrechos: A unos como Cain, huyendo de la propia conciencia que asedia implacablemente; á otros como el Rey Lear, ciegos y

desvalidos, buscando en vano los hijos, los favorecidos en los días de poderío; y á otros, también, como el Hijo Pródigo, el del gran simbolismo humano, arrepentidos, pobres y abatidos en su orgullo, buscando humildes y contritos el amparo de aquellos, cuya compañía nunca debieron dejar.

Así, el filósofo que se ve atropellado de pronto por un triunfador rodeado de la turba-multa que lo aclama con la adulación en los labios y la envidia en el corazón, no debe exponerse como Falstaff á que lo arrolle el torrente de los serviles adoradores del éxito y lo desconozca ó desprecie el mismo que antes fué su compañero de luchas ó debilidades; debe hacerse á un lado, dejar pasar el triunfo y esperar.

Los cortejos fastuosos no acompañan en general más que en el acceso á los puestos de donde derivan favores, ó á los que mueren dejando resonancia inmediata, útil para los eunucos ó los tontos que hacen eco á todo lo que suena; y es ley física que todo lo que más suena es hueco.

\*  
\* \*

Así como se dice de algunas mujeres feas que la cara les guarda el cuerpo, puede decirse de ciertos políticos que su incapacidad ó inutilidad les guarda la reputación con que engañan á los tontos que, en todas partes y en todo tiempo se hallan en número infinito.

\*  
\* \*

Es curioso observar cuando se viaja, que los filósofos ó críticos que se encuentran bajo capa de cicerones ó de consignatarios de recomendaciones, dicen al extranjero: «Este país es indudablemente hermoso, agradable, tiene esto y lo otro bueno; pero sería mejor sin sus habitantes.»

No somos los orientales excepción de esta regla, y á cada extranjero que llega ó hablando entre nosotros mismos solemos decir: «Ah, lo que hace falta á este país es modificar el carácter de sus hijos.»

Así se alaba siempre la naturaleza y se condena á los hombres que en todas partes son iguales y que donde quiera que se trasladaran llevarían los mismos defectos y las mismas virtudes.

¿Alguien piensa en reformar á los hombres?

—Nadie; pero hay muchos que toda su vida se ocupan en reformar las leyes que los hombres no respetan.

\*  
\* \*

Suelen los gobernantes incurrir en el error de estimar más la opinión de las gentes del extranjero y de creerse honrados y sentir halago por juicios de personas ó periódicos, que, al darlos, solo se atienen á informes parciales, cuando no á la poderosa sujeción de una recompensa recibida ó á recibir.

¿Que valen esas opiniones en rigor de apreciación? Nada. En cambio importa y hay que esforzarse en gozar de buena opinión entre las gentes del país, que conocen y pueden juzgar con informes más directos y completos, y aunque no sean siempre imparciales.

A mi, personalmente, no me inquieta que la opinión de los que no me conocen, me sea desfavorable; pero me desagradaría si lo fuera la de las personas que trato de continuo.

Y sin embargo, es tan flaca la naturaleza humana, que aún pensando así, difícilmente deja de halagar una opinión favorable de una persona que sea desconocida y desconocedora, directamente al menos, de la juzgada.

\*  
\* \*

Para los que son excépticos en lo humano, por filosofía ó por temperamento, es un consuelo amargo, el comprobar en los días de desgracia la verdad de las presunciones sobre la amistad y la consecuencia de los que, en días prósperos, se han mostrado halagadores y benévolos; y huyen, cuando, como dice el poeta latino, solo quedan las heces en la copa del placer.

Benjamin Fernandez y Medina.

## GALANTERIA PARA CON «LA REVISTA»

---

Señor Julio Herrera y Reissig:

Le envío en contestación á su pedido de algunas líneas para LA REVISTA, un párrafo de una composición inédita.

Se trata en ella de una mujer que me encanta... única elegante de raza que existe entre nosotros, mujer cuyo porte señorial y cuya desenvoltura dan una idea acabada de lo que es el *gusto*.

A su lado las demás mujeres de Montevideo son todas mujeres de aldea, vestidas con falsa elegancia, pobres locas que me inspiran más lástima que risa, con sus sombreros rojos y sus capas largas hechas para las francesas...

Para que se explique Vd. el párrafo, que le mando, de esa composición en que canto á mi dama, al describirla y que no es más que los labios de la mujer, debo advertirle que aunque mi dama no usa ningun afeite y tiene la boca naturalmente encendida, se le enciende aún más con carmín: capricho oriental de duquesa!

Yo observaba aquella pincelada de carmín, vivo exótico, como salido de entre las tintas calientes de un cuadro al óleo, pintado sobre un motivo de Turquía, igual al de las bocas de las bayaderas y, escondidas concubinas de serrallo; carmin que yo imaginaba llevado bajo la incandescencia blanca del sol, en las tierras donde los colores son supremos, por un mercader de Arabia, entre perfumes intensos, mezclado en la misma alforja al almizcle...

Entreveía á Lisette en su casa, vestida con un resplandeciente traje de mora,—bombachas, y en los diminutos piés de judía, pantuflas altas: parecida á Loti en albornoz, en su camarín de abordó...

Hacia y deshacia sobre su frente peinados raros; se la rodeaba como las Circasianas con una diadema de medallitas... Tenía cojines de terciopelo en que se acostaba desnuda sobre el pecho como una gata rampante... Espejos á ras del suelo le devolvían cien veces la imájen de sus caprichosas actitudes, con las que superaba en secreto á las Odaliscas, á las misteriosas esclavas que adormecían á los Sultanes en sus májicos brazos de favoritas... En el risueño desvarío de su imaginación, medida por las fábulas, oscilaba bajo sus pies el puente de los navíos, y se sentía conducida en las literas de las reinas de Egipto... Su dueño era un pirata!... Y la tenía escondida en una isla desierta, junto con el botín y las preseas y maravillosos productos de las tierras saqueadas, entre peñascos y abismos, en fantásticas estancias repletas de oro, los tapices esplendorosos bajo las salpicadas pedrerías de trofeos de alfanjes....

Roberto de las Carreras.

## CORRESPONDENCIA

---

Para que veas, Julio, que no en vano  
Te empeñaste en sacarme unos renglones,  
Ahí me tienes no más, péñola en mano,

—  
Escarbando los últimos rincones  
De mi vetusta, escuálida mollera,  
Exhausta ya de ideas é ilusiones.

—  
Mas sea, buen amigo, lo que fuera,  
El compromiso que impusiste asumo  
Cual ves, y salga el Sol por Antequera.

—  
Tú sabes, en verdad, que no presumo  
De vate, ni siquiera de literato  
De esos que exprimen exquisito zumo.

—  
Yo vegeto entre números, yo mato  
Mi tiempo entre factores y exponentes,  
Cuyas severas fórmulas acato.

—  
Parécenme sugetos excelentes,  
De quienes bien se puede en compañía  
Vivir sin altercados ni incidentes.

—  
Y siendo así, barrunta la insania  
Que fuera en mí colarme en el Parnaso,  
Donde vive tu encanto, la Poesía.

—  
De modo que por hoy salgo del paso:  
A cumplir tu pedido me concreto,  
Enviando á tu Revista, por si acaso  
Lo crees digno de ella, este Soneto:

### Á MAC KINLEY

Hubo quien profanó con planta aleve,  
Fueros, leyes, principios y derechos,  
Nutriendo con el virus de sus hechos  
Los infames instintos de su plebe.

—  
Hoy esta audaz, impávida, se atreve  
A acaparar mortíferos pertrechos  
Para asestarlos contra inermes pechos  
En cuanto el desenfreno los subleve.

—  
Si á impulsos de doctrina tan sublime,  
La torpe multitud bulle, se agita  
Y ser y forma á su ideal imprime,

¡Hurra al prócer mentor! á quien imita  
La turba ruin cuando en la sombra esgrime  
El incendio, el puñal, la dinamita.

Tcmás Claramunt.

## ÓPERA POPULAR

---

La democracia rebosa por todas partes, decía Royer Collard; rebosa, se infiltra por todos los poros del cuerpo social, invade todas las esferas de la actividad; y las instituciones, hoy en día, ó mueren ó se democratizan, porque es imposible quedar aislado del movimiento que arrastra irresistiblemente á la sociedad entera.

El teatro lírico ha sido hasta hoy en la mayoría de los países y principalmente en las ciudades más pobladas y ricas una institución esencialmente aristocrática.

Al emplear aquí esta expresión, es claro que no la usamos en el sentido antiguo. La aristocracia moderna, sobre todo entre nosotros, americanos, es formada por todos cuantos pueden llevar una vida holgada y tomar parte en esas distracciones que solo están al alcance de fortunas excepcionales.

El teatro lírico, como existe en las grandes capitales, exige notables cantantes, numerosos y perfectos músicos de orquesta, abundantes coros y cuerpo de baile, rica indumentaria y una *mise en scene* grandiosa.

En cuanto á la parte musical, sin embargo, puede alcanzar mayores alturas con medios sencillos, desde que no se trate de dramas líricos en los cuales todas las artes ó casi todas colaboran para el éxito y representación teatrales.

El arte musical nada tiene que colocar arriba de algunos cuartetos de Beethoven, cuando se trata de música de cámara, cuyos gastos de ejecución, bajo nuestro punto de vista, no excede al de los honorarios de

cuatro ejecutantes hábiles y concienzudos, pero el teatro lírico es más exigente; en los modernos tiempos llega á los extremos verdaderamente fabulosos.

Muchas veces no es propiamente la ópera que eso exige: es el público quien se ha mostrado exigente, siendo necesario recurrir á un escenario deslumbrante, á bailables lujosísimos, ejecutados por mujeres de peligrosos encantos plásticos, ó á trajes espléndidos para atraer la concurrencia que, ante todo, debía ser determinada por el atractivo de la buena música.

Los *maestros* prefieren los libretos cuya acción pasa en el Oriente, para que en un medio natural y artístico, á veces real, á veces convencional, en que la ciencia arqueológica y la fantasía disputan entre sí el terreno, puedan encontrar un auxilio que ella solo no proporciona, y un pretexto para obtener combinaciones rítmicas, melódicas y armónicas, distanciadas de las que en otros tiempos eran más familiares al oído.

El teatro lírico, por lo tanto, llegó á una altura tan sólo accesible á las grandes fortunas ó á los derroches.

El número de los cantantes célebres es muy limitado. Hay cinco ó seis tenores verdaderamente de primer orden en todo el mundo y aún, así mismo, ninguno de ellos reúne todas las condiciones esenciales á un gran artista. El número de los sopranos es poco mayor. Puede asegurarse que no hay cantantes *hors ligne* para llenar vacantes en todos los teatros donde podrian ser convenientemente pagos.

Estas consideraciones y el hecho de proyectarse la construcción del Politeama, en Montevideo, nos indican que llegará el tiempo de organizar el teatro lírico de carácter popular, más modesto, porque, de hecho, hoy en día, la ópera, que en tiempos remotos no empezó en las proporciones grandiosas, vive exclusivamente en un nivel extraordinario que sólo está al alcance de los seres privilegiados.

En el interés, tanto del arte, como del público, es necesario aplicar un remedio á semejante estado de cosas.

El teatro lírico, como hoy existe, debe, sin duda, continuar donde fuere posible para conservar bien en lo alto el puro tipo de lo bello artístico, sostenido por sus más eximios intérpretes; pero, al lado de ese teatro, un poco abajo de ese nivel, debe formarse la ópera popular, en la que cantantes más modestos, pero igualmente concienzudos, representen las obras de los grandes

maestros antiguos. En ese entonces la música desdeñaba el concurso de las demás artes ó las tomaba lo menos que podía.

Entre el público que no está acostumbrado á las fascinaciones de las grandes escenas líricas, habrá seguramente muchos aficionados sinceros y dotados de gusto artístico que frecuenten los teatros donde tales óperas sean representadas, con sencillez, pero con acierto.

El pueblo ganará en cultura, las costumbres en suavidad, y con dicha institucion han de prosperar otras industrias locales.

*Pour n'être pas aristocrate on n'est pas moins homme*

Adalberto Soff.

---

## UN SANO

---

Ven, tú que tienes el mirar sencillo,  
 Los ojos, claros, llenos de confianza,  
 Tú que marchas tan firme por la vida,  
 Lleno de fé, de paz y de esperanza.

Tú que puedes sentir las alegrías,  
 Sereno, sin angustias, tú que esperas  
 Que vuelva tras las sombras del invierno  
 El sol de las alegres primaveras.

Tú, que si me hace ver que no me amas  
 La obsecada visión del bien perdido,  
 Me das de tu constancia la promesa  
 Con el cándido rostro sorprendido.

Y si apesar de la razón yo dudo  
 Y ves pasar angustias por mi frente,  
 Con amable y solícita ternura  
 Me vienes á pulsar, tranquilamente.

Maria Eugenia Vaz Ferreira.

## NOTAS DE REDACCION

---

DE NICOLÁS PIAGGIO

En el próximo número aparecerá una hermosa composición poética de que es autor este conocido literato. Versa sobre la Caridad y hay en sus estrofas eucarísticas, lágrimas y bendiciones.

### NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS Y LITERARIAS

La novedad literaria y bibliográfica del mes de Agosto, y acaso la del año, es la novela *Gaucha* de Javier de Viana, editada por Barreiro y Ramos.

Nos limitamos por hoy á anunciarla, agregando que es ya un éxito de librería, y que nos ocuparemos detenidamente de ella en el número próximo.

Las otras novedades nacionales son: *Cartas sobre historia política de la Oriental*, del doctor Jacinto Susviela; *Un error judicial* (El crimen de la calle Chaná), por el doctor Pedro Figari; *Piriápolis* (Reisebilder), por Hector Vollo; *Nirvana* (2.<sup>a</sup> edición corregida y ampliada), por el doctor Angel Floro Costa; *Perfiles biográficos* (nueva edición corregida y aumentada), por Orestes Araujo; *Formulario de Cálculo Mercantil*, por Pedro de Souza; *El presupuesto de gastos de la administración pública*, por Dionisio Ramos Montero.

En el próximo número daremos en esta sección noticias de obras literarias y científicas nacionales, en preparación; y de las novedades más importantes que aparezcan en Europa, con referencia de editores cuando no se hayan recibido en las librerías de Montevideo.

Novedades argentinas: *Concordancias y Comentarios del Código Civil*, por el doctor Baldomero Llerena; *La justicia en lo criminal*, por el doctor Rodolfo Rivarola; *Noti-*

*cias históricas de la República Argentina*, por Ignacio Nuñez; (Contiene interesantes referencias á nuestra historia); *El proteccionismo en la República Argentina*, por el doctor Francisco Rodriguez del Busto; *Exposición y comentario del Código Civil Argentino*, por el doctor José Olegario Machado; *Manual de patología política*, por Agustin E. Alvarez.

Novedades europeas: *Morsamor*, novela de Juan Valera; *Les Izolatres* de Gyp; *Le poste des neiges* de Paul Marguerite; *Les mortes qui parlent* de E. M. de Vogue; *L'anneau d'Amethyste* y *Pierre Noziere* de Anatole France; *Cendrillonete* de Pierre Mael; *Les fleurs amoureuses*, de A mand Sylvestre; *Au fond du gruffre*, de George Onhet; *Le jardin des Supplices* de Octave Mirbeau; *La vie americaine* ( ranches, fermes et usines ) de Paul de Rousiers; *Femmes nouvelles* de Paul y Víctor Marguerite.

En nuestras imprentas se están concluyendo actualmente y no tardarán en ver la luz las siguientes obras nuevas: *Mis derrotas* por Alberto Palomeque, con ilustraciones (Imprenta del «Siglo Ilustrado»); *Río Negro y sus progresos* por Setembrino Pereda, con ilustraciones (Imprenta del «Siglo Ilustrado»); *Geografía de la República Oriental del Uruguay* por Julio Herrera y Reissig (Imprenta Artística de Dornaleche y Reyes.)

*Nota*—En esta sección se anunciará toda obra de que los autores ó editores manden un ejemplar á LA REVISTA. Cuando se manden dos ejemplares se ampliará la referencia de acuerdo con la importancia de la obra y el interés que ella despierte en el público.

*Otra*—Pueden dirigirse á LA REVISTA todas las preguntas sobre bibliografía nacional y extranjera, antigua ó moderna, que se atenderán inmediatamente, satisfaciéndolas en cuanto sea posible.

Se admiten igualmente cuestiones de erudición que se promuevan en forma breve y clara; guardándose reserva de nombres siempre que se exija.

LA REVISTA queda profundamente agradecida á la amabilidad de sus distinguidos colegas de la capital, que le tributaron elogios anticipados, augurándole una vida próspera. y haciendo, de paso, alusiones honrosas para su Director.